PUERTAS ADENTRO · 1

Mientras *viva*

La casa será tuya el día que ella muera.



UN THRILLER PSICOLÓGICO

JULIAN DELPHIKI

Thinking School

Mientras viva

PUERTAS ADENTRO · 1

JULIAN DELPHIKI

Mientras viva

Un thriller psicológico

PUERTAS ADENTRO · 1

Thinking
School

Mientras viva
Puertas adentro, 1

© 2026, Julian Delphiki
© 2026, de esta edición, Thinking School

Primera edición: noviembre de 2026

Diseño de cubierta e interior: Thinking School
Compuesto en Newsreader y Source Sans 3

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas y hechos que aparecen en ella son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio, sin la autorización previa y por escrito del titular de los derechos.



Thinking School. Libros para quien prefiere entender a que se lo cuenten.

A las que acuden.

Por el contrato de alimentos una de las partes se obliga a proporcionar vivienda, manutención y asistencia de todo tipo a una persona durante su vida, a cambio de la transmisión de un capital en cualquier clase de bienes y derechos.

Código Civil, artículo 1791

PRÓLOGO

Lidia

Viernes, 12 de diciembre

La sangre cae sobre el mantel de hilo sin hacer ruido.

Es lo primero que pienso: que no suena. Una gota, otra, una tercera que se abre en la tela como se abre la tinta en un secante. Doña Elvira tiene la copa levantada todavía. Mira la mancha con curiosidad, la misma con la que mira las cartas cuando le sale un rey que no esperaba, y luego me mira a mí.

Somos ocho a la mesa y nadie se mueve.

Las velas siguen encendidas. El asado se enfría en la fuente. En algún lugar del pasillo, la niña ha dejado caer algo y lo recoge deprisa, porque sabe que en esta casa las cosas no se caen.

—Tía —dice Gonzalo, y no se levanta.

A doña Elvira se le tuerce la boca hacia la izquierda. La copa se inclina. El vino le corre por la muñeca, por el encaje del puño, y se junta con lo otro.

Yo sé lo que es. Lo sé antes que el médico que está sentado a su derecha con la servilleta en la mano, porque

llevo doce años detrás de un mostrador explicándoles a los hijos de otras personas qué hay que vigilar. Sé cuántos minutos tenemos. Sé a qué número hay que llamar y qué hay que decir para que vengan corriendo.

Mi marido me pone la mano en el brazo. Tiene la palma caliente y seca. No me aprieta. No hace falta.

—Espera —dice, muy bajo—. Espera un minuto.

Tengo el teléfono en el regazo, debajo de la servilleta.

Llevo tres meses viviendo en esta casa. He contado sus pastillas, sus pasos, sus mentiras y las mías. He firmado un papel que dice que este comedor, estas lámparas y este pasillo de diecinueve metros serán míos el día que a esa mujer se le pare el corazón.

Un minuto.

Lo que tardo en decidir quién soy.

PRIMERA PARTE

La firma

«Los cesionarios se obligan a prestar a la cedente, mientras viva, vivienda, manutención y asistencia de todo tipo, incluidos el afecto y la compañía que su edad requiera.»

Estipulación segunda

1

Lidia

Lunes, 15 de septiembre

El notario lee en voz alta el precio de mi casa: que una mujer se muera.

No lo dice así. Dice «mientras viva la cedente» y «al fallecimiento de esta», y pasa la página con un dedo mojado en la esponjilla. Pero yo he leído el borrador nueve veces en la cocina de Tetuán, con un rotulador amarillo, y sé traducir. Nosotros ponemos sesenta mil euros hoy, novecientos al mes, las manos, las noches y la paciencia. Ella pone ciento noventa metros en la calle Zurbano y una fecha que nadie conoce.

—¿Lo van siguiendo? —pregunta el notario.

Se llama Ignacio Requena y tiene el despacho forrado de una madera que no cruje. Dani dice que sí. Yo digo que sí. Doña Elvira no dice nada, porque no oye, o porque le da igual.

Está sentada frente a mí, al otro lado de una mesa en la que cabría mi dormitorio. Ochenta y cuatro años, la espalda recta, un traje de chaqueta de color hueso y un

collar de perlas de dos vueltas que no ha salido de ninguna tienda en la que yo haya entrado. Tiene las manos cruzadas sobre el puño del bastón. En cada oreja, detrás del pelo blanco cardado, asoma el hilo transparente de un audífono.

He hablado con ella cuatro veces. La primera me preguntó si sabía poner inyecciones. La segunda, si mi hija gritaba. La tercera me enseñó la casa como se enseña una iglesia, sin dejarme tocar nada. La cuarta me dijo que me había elegido a mí, no a mi marido, y que eso convenía que lo tuviéramos claro los tres.

—Estipulación segunda —lee Requena—. «Los cesionarios se obligan a prestar a la cedente, mientras viva, vivienda, manutención y asistencia de todo tipo, incluidos el afecto y la compañía que su edad requiera».

El afecto. Lo subrayé en amarillo la primera noche. Le pregunté a Dani si el afecto se podía poner en una escritura y él se rio y me besó en la coronilla y dijo que en una escritura se puede poner lo que quieras, que para eso están.

—La vivienda es la suya —aclara el notario, mirándonos por encima de las gafas—. Quiero decir que la convivencia será en el domicilio de doña Elvira, que conserva el usufructo. Ustedes adquieren hoy la nuda propiedad. ¿Entienden la diferencia?

—Que es nuestra, pero no podemos usarla —dice Dani.

—Que es de ustedes, pero la disfruta ella. Hasta el final.

Dani asiente como asiente con los clientes del banco, entero, de la frente a la barbilla. Se ha puesto la corbata azul, la de las hipotecas. Está guapo. Lleva tres semanas

guapo, desde que encontró el anuncio; le ha cambiado hasta la manera de subir las escaleras.

A mí el traje me tira de los hombros. Es el de la boda de mi prima, porque no tengo otro, y debajo de la mesa me he quitado un zapato.

Requena sigue. La pensión, que se actualizará con el IPC. Los gastos de comunidad, que pasan a ser nuestros. Las obras de conservación, nuestras también. El médico de la señora, que elige la señora. La empleada de la señora, Natividad Benítez, que seguirá viniendo los lunes y los jueves «en tanto la cedente lo estime conveniente» y a la que pagaremos nosotros.

Nati está fuera, en la sala de espera, con el bolso en las rodillas. Cuando hemos entrado no me ha mirado.

—Estipulación novena —dice el notario, y aquí baja un poco la voz, como hacen los médicos—. «El incumplimiento por los cesionarios de cualquiera de las obligaciones asumidas facultará a la cedente para resolver el presente contrato, con restitución inmediata de la finca y pérdida, en concepto de indemnización, de las cantidades entregadas hasta la fecha».

Lo sé de memoria. Es la única línea que no subrayé, porque no hacía falta.

—¿Alguna pregunta?

Tengo una. La tengo desde la primera noche. Quiero preguntar qué es incumplir. Si es llegar tarde con la cena. Si es levantar la voz. Si es que una niña de seis años corra por un pasillo. Quiero preguntar quién lo decide.

Dani me toca la rodilla por debajo de la mesa.

—Ninguna —dice.

Fuera, en la calle Almagro, un autobús frena y vuelve a arrancar. Hace un calor de septiembre que no se ha enterado de que es septiembre. Pienso en Vera, que a esta hora estará en el patio del colegio cambiando cromos, y en que esta mañana me ha preguntado si en la casa nueva hay niños. Le he dicho que hay una señora. «¿Y la señora juega?». «La señora tiene una campanilla». Le ha parecido suficiente.

—Pues si les parece, firmamos.

El notario gira la escritura. Primero ella. Doña Elvira saca del bolso una pluma negra con el capuchón gastado y firma sin prisa, con una letra de colegio de monjas, inclinada y sin un temblor. Luego empuja el papel hacia Dani.

Dani firma en cada página. Tiene una firma grande, de alguien que ha firmado muchas cosas ajenas. Le veo la nuca recién afeitada, el reloj de su padre, la lengua asomando un poco entre los dientes, como cuando le ata los cordones a Vera.

Es entonces cuando doña Elvira se inclina hacia mí.

No hace ruido. Apoya el antebrazo en la mesa y adelanta el cuerpo lo justo. Huele a polvos de arroz y a algo más viejo, a armario. Tiene los ojos de un gris clarísimo, casi sin color, y me mira la boca, no los ojos, como miran los sordos.

—Usted —dice, tan bajo que el notario no levanta la cabeza— no va a durar ni lo que la otra.

Se echa hacia atrás. Vuelve a cruzar las manos sobre el bastón. Sonríe a nadie.

Me quedo con la boca abierta. Busco a Requena, que está comprobando un sello. Busco a Dani, que termina la última página con una rúbrica larga y me pasa el bolígrafo del despacho con una sonrisa de niño con notas.

—Te toca, amor.

—¿Qué ha dicho? —le pregunto a ella.

Doña Elvira se lleva una mano a la oreja.

—¿Cómo dice, hija?

—Ahora mismo. Lo que me ha dicho.

—No la oigo bien. —Se toca el audífono con la uña—. Estos aparatos son un desastre. Ignacio, ¿ha dicho algo la chica?

El notario levanta la cabeza. Dani también. Hay un silencio de madera cara.

—Nada —digo—. Que dónde firmo.

—Aquí. Y aquí. Y al margen de cada hoja.

Cojo el bolígrafo. Tengo la mano húmeda y la primera firma me sale torcida, más pequeña que la mía. Pienso que todavía puedo levantarme. Que el dinero no ha salido de la cuenta. Que el casero de Tetuán nos dio hasta el día treinta. Pienso en la cara de Dani si me levanto. Pienso en mi madre, que sacó dieciocho mil euros de una libreta que llevaba escondida desde antes de que yo naciera y me los dio en un sobre de la farmacia, sin contar, diciendo: «Para que a ti no te pase».

Firmo la segunda hoja. La tercera. La cuarta.

En la séptima está la estipulación novena. Pongo mi nombre al lado, en el margen, tan cerca de la palabra «pérdida» que la tinta la toca.

Cuando termino, doña Elvira ya tiene el bolso cerrado.

—Bueno —dice, levantándose sin ayuda de nadie, con una agilidad que tardo un segundo en registrar—. Ya son ustedes de la casa. El sábado, a las nueve. No me traigan muebles: tengo de sobra. Y la niña, que venga peinada.

El notario le abre la puerta. Nati se pone de pie en la sala de espera.

Dani me abraza por detrás, me levanta un palmo del suelo, me dice al oído que ya está, que ya está, que lo hemos hecho.

Por encima de su hombro veo a doña Elvira detenerse en el umbral. No se vuelve. Solo levanta el bastón dos dedos del suelo y lo deja caer una vez, un golpe seco contra el parqué, como quien pone un punto.

Ni lo que la otra.

Nadie nos ha hablado de ninguna otra.

2

Lidia

El piso de Tetuán tiene cuarenta y ocho metros y los hemos metido en treinta y una cajas.

Las cuento otra vez desde el colchón, porque no puedo dormir. Diecinueve en el salón, seis en el pasillo, cuatro en el cuarto de Vera, dos en la cocina. En la número doce van los libros de la carrera, que no he abierto desde que aprobé y que arrastro de piso en piso como otros arrastran a un abuelo. En la veintisiete va la cuna desmontada, por si acaso, aunque hace cuatro años que dejamos de decir por si acaso.

Dani duerme boca arriba, con un brazo sobre la cara. Él duerme siempre. Es un talento.

Fue él quien encontró el anuncio. Me lo enseñó un martes de agosto, con el móvil temblándole en la mano, en la misma semana en que el casero nos mandó el burofax. Mil cuatrocientos cincuenta al mes a partir de octubre, o la puerta. Pagábamos mil cien y ya nos costaba. Yo cobro mil setecientos en la farmacia, con las guardias. Él,

algo más, con unos variables que varían siempre hacia abajo. Habíamos mirado Carabanchel, Vallecas, Getafe, Parla. Habíamos mirado un bajo en Usera con una ventana a un patio en el que alguien criaba palomas.

«Señora mayor, sola, con piso amplio en Chamberí, busca matrimonio serio con hijos para contrato de alimentos. Convivencia. Abstenerse curiosos».

—Eso es una estafa —le dije.

—Eso es una figura del Código Civil. Lo he mirado. Artículos mil setecientos noventa y uno y siguientes. La hacen mucho en Galicia.

—¿Y por qué nosotros?

—Porque somos un matrimonio serio con hijos. —Me cogió la cara con las dos manos—. Lidia. Ciento noventa metros. En Zurbano. Sabes lo que vale eso.

Yo no lo sabía. Él sí: un millón cuatrocientos mil, me dijo, y lo dijo como se dice el nombre de alguien de quien te estás enamorando.

Fuimos a verla el primer sábado de septiembre. Me acuerdo de todo, porque desde entonces lo repaso como repaso las recetas dudosas, buscando la letra que no encaja.

El portal, con su portero de uniforme gris, que nos miró los zapatos. El ascensor de jaula, que sube tan despacio que da tiempo a arrepentirse. La puerta del tercero, de dos hojas, con una mirilla de latón del tamaño de una moneda de dos euros. Nos abrió Nati, que no dijo su nombre, y nos dejó en un recibidor más grande que nuestro salón, delante

de un espejo que nos devolvía enteros a los tres: Dani con las manos en los bolsillos, yo con la niña delante, como un escudo.

Vera pidió ir al baño. Siempre pide ir al baño en las casas nuevas.

—Al fondo del pasillo, a la izquierda —dijo Nati.

—Yo la llevo —dijo Dani.

Lo vi alejarse con ella por aquel pasillo larguísimo, de techos altos y puertas cerradas. Lo vi abrir la del baño y meter la mano por dentro, detrás de la hoja, y encender la luz sin mirar.

En el momento no pensé nada. Pensé que los baños antiguos son todos iguales.

Doña Elvira nos recibió en la sala, sentada en una butaca de orejas, junto a un balcón con los visillos echados. Nos hizo esperar de pie el tiempo que tardó en doblar el periódico. Luego nos miró uno a uno, de abajo arriba, y se detuvo en Vera.

—¿Cómo te llamas?

—Vera.

—Vera qué más.

—Vera Ortega Navas.

—Eso está mejor. ¿Sabes jugar a la brisca?

—No.

—Pues ya es hora.

Dani sacó entonces del bolsillo de la chaqueta una caja pequeña, morada, atada con una cinta. Violetas. Los caramelos esos de la plaza de Canalejas, que yo no había

visto desde que murió mi abuela. No me había dicho que traía nada.

Doña Elvira cogió la caja y la sostuvo un momento sin abrirla.

—¿Quién le ha dicho a usted que me gustan?

—Nadie. —Dani enseñó todos los dientes—. Intuición. A mi abuela le gustaban.

—Su abuela tendría buen gusto. —Dejó la caja en el velador—. O usted tiene buenos informadores.

Nos reímos los tres. Ella no.

Después me preguntó a mí lo de las inyecciones. Le dije que soy farmacéutica, no enfermera, pero que sí, que sé. Me preguntó qué tomaba ella, a ver si lo adivinaba. Miré el velador: un vaso de agua, unas gafas, un pastillero semanal de plástico azul con las tapas gastadas. Le dije que algo para la tensión, algo para el colesterol, seguramente un protector, y un anticoagulante, por el cuarto de pastilla que asomaba en la tapa del sábado.

—Sintrom —dijo ella, y por primera vez pareció interesada—. Desde hace once años. Me salen cardenales con mirarme.

—Es normal. Hay que tener cuidado con los golpes.

—Eso mismo digo yo. —Y se remangó el puño de la blusa para enseñarme un antebrazo blanco, de piel finísima, limpio como un papel—. Hay que tener muchísimo cuidado.

Giro en el colchón. Las cajas hacen sombra en el techo.

Hay una cosa que Dani no sabe, y es por qué dije que sí.

Él cree que fue por la cuenta que hicimos en la servilleta de un bar. No fue por la cuenta. Fue por una escalera de Vallecas que bajé a los veintiún años, y eso no se lo he contado entero a nadie.

Así que sé lo que he firmado. He firmado que voy a cuidar a una desconocida que me ha dicho al oído que no voy a durar. He firmado que voy a ser buena, y paciente, y que no voy a hacer ruido. Eso sé hacerlo. Llevo toda la vida entrenando.

—¿Mamá?

Vera está en la puerta, con el pijama de los zorros y el pelo aplastado de un lado.

—¿Qué haces despierta?

—No encuentro a Conejo.

—Conejo está en la caja nueve. Mañana lo sacamos.

Se sube al colchón y se me mete debajo del brazo. Huele a champú de manzana y a sueño. Dani gruñe y se da la vuelta.

—Mamá.

—Qué.

—La señora de la casa nueva es muy vieja.

—Es mayor.

—Papá dice que cuando se muera la casa es nuestra.

Se me para algo debajo de las costillas.

—¿Cuándo ha dicho eso papá?

—Por teléfono. En la escalera. —Bosteza—. No me lo ha dicho a mí.